



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Capítulo II

En busca de los bienhechores
y la fundación de la Misión
de Nuestra Señora del Pilar de la Paz
(1720)



*Del viaje por mar al Puerto de la Paz
y de nuestro paso por la isla de San Joseph y
lo que ahí sucedió*

Después de dos intentos malogrados para hacer misión en el Puerto de La Paz, el primero de noviembre de 1720, zarpamos, en la nueva balandra, de la ensenada de San Dionisio, el padre visitador Juan de Ugarte, el padre Jaime Bravo, una cuadrilla de indios flecheros y un intérprete llamado Mateo, que hablaba la lengua de los callejués por ser pariente de estos, y dos indios pericúes, uno de once años llamado Martín y su hermana Rosa, que en la refriega que años antes, como se dijo, el capitán del presidio don Esteban Rodríguez, los llevó a Loreto, junto con otros tres, donde se bautizaron y criaron. Estos los llevaban de regreso con el ánimo de que se quedasen con sus parientes, para que sirvieran después de intérpretes. El primer día y noche de viaje montamos, con viento favorable, las islas del Carmen, de Monserrat y la Catalana. Velejamos hasta dar fondo en la Isla San Joseph, poco después del

mediodía, en busca de los indios pericúes enemigos capitales de los indios de tierra firme y de nuestras armas. Al poco rato se dejaron de ver en la playa unos indios que pidiendo fuese la canoa a tierra, se despachó luego, y embarcándose en ella, vinieron a bordo, donde después de regalados de comida y ropa, les preguntamos por el resto de la gente. Dijeron que el capitán de esta parcialidad, de las dos que habitaban la isla, y su gente habían ido hacía meses al norte de la isla, que los que habían quedado estaban del otro lado de la isla. Le pedimos que los llamasen, que los quisiéramos ver y regalar y que los esperaríamos aquí dando fondo.

Esta misma tarde se fueron y el día siguiente, después de haber dicho los padres la misa por el buen suceso de la empresa, descubrimos la canoa que había salido con nosotros de Loreto, y con lo recio que soplaba el viento de la noche que salimos se apartó de nosotros y viendo que llevaba la prisa para el Puerto de la Paz, se le dispararon tres tiros, y aunque los oyeron, dijeron que habían supuesto de que eran los zapatazos de ballenas que se oían a distancia, pues hacía no mucho que habían visto pasar unas cinco muy cerca de la canoa brincando y dando estruendosos zapatazos con su cola para luego zapear haciendo tambalearse peligrosamente la canoa.

Como la balandra estaba muy arrimada a tierra al poco tiempo de disparar para que escucharan los marineros de la canoa se vieron por tierra los indios en número de trece hombres, siete mujeres y tres mozos.

Enviamos una canoa con mensajeros a tierra para traerlos a bordo y sólo se embarcaron los hombres diciendo que les diésemos los regalos que había de dar a las mujeres y muchachos, que ellos se los llevarían a tierra. Se

les dijo que todos debían venir a bordo a recibir su regalo en sus propias manos. Y viendo el padre Jaime Bravo que recelaban pidió licencia al padre visitador Juan de Ugarte de ir a tierra con uno de los isleños. Saltó el padre Jaime Bravo a la canoa con el indio. Y así que vieron ir la canoa se retiraron al monte las mujeres y los mozuelos para ponerse seguros, como acostumbraban. Diciéndole el padre Jaime Bravo al isleño que los llamara, pero instaron con insistencia otra vez a que bajaran de la balandra los regalos que habían de recibir. Respondió el padre que a bordo habían de ir todas las mujeres y muchachos, que las llamara, y sólo pudo conseguir que se animara un muchacho que fue llevado a bordo, al cual se le entregó lo que se les había de dar y éste, desde el combés, mostró a los naturales los regalos, diciéndoles en su lengua que desde allí y no en tierra, lo recibirían. Pero como desistían de abordar la balandra mandó el padre visitador a que fuera a tierra el indio llamado Martín, que era pariente de los indios, diciendo que a bordo estaba su hermana llamada Rosa y que los padres querían entregarla como antes habían entregado a sus parientes a Catarina, María y Nicolás, que fueron presos en la misma ocasión que él, que no temieran daño alguno, que muy al contrario llevaban regalos para dar a todos. En fin se animaron a venir a bordo todas las mujeres y muchachos, pero al verme mayúscula fue su sorpresa al reconocermé como el cautivo al que dieron mala vida y maltrato. Porque la mala conciencia no tiene lugar seguro y siempre anda sospechosa y sobresaltada, se les dijo no tuvieran miedo, que los culpables de aquella mortanza ya habían sido castigados y que ahora estarían retorciéndose en las profundidades de la tierra donde ellos creían se iban los malos, como los cristianos en el infierno, que unas enormes ballenas los tenían presos no dejándolos salir para seguir haciendo de sus maldades entre nosotros.

Cuando la india Rosa vio venir a sus parientes a la balandra, aunque había dicho que sí regresaría con sus parientes, cuando éstas se volvieron no quiso y aun Martín se quedó con ellos de mala gana, pero a sabiendas que pronto estaríamos en el Puerto de La Paz, se fueron contentos.

El padre visitador le dejó a Martín una canoa para que con ella fuera con sus parientes al Puerto de La Paz, donde los esperaríamos. Habiéndoseles dicho que íbamos a fundar la Misión de La Paz, a donde ellos asistirían después. Levamos anclas y velejamos con buen viento a la Bahía de la Paz, que es una de las bahías mayores que acaso tendrá América, muy abrigada de todos los vientos, con fondo y canal muy limpia, de diez brazas de profundidad en la que puede velejar cualquier embarcación por grande que esta sea. Las playas son muy alegres, por tener varios esteros, muchos manglares, carrizales y palmares.

Desembarco y fundación de la Misión

A las dos de la tarde vimos que estaba muy cerca del puerto la canoa con los soldados e indios flecheros. Dimos fondo en el puerto y después de amarrados y dado un refresco a la gente de mar, salté en tierra con el padre provincial Juan de Ugarte y el padre Jaime Bravo. Viendo que estaba segura la balandra el Triunfo de la Santa Cruz por la bondad del puerto y porque no había indios en la redonda, el padre Juan de Ugarte dio la orden a la gente de mar y a los indios flecheros de saltar a tierra. Desembarcamos en el mismo paraje en que los indios guaycuras me hicieron cautivo y en donde el capitán don Isidro de Atondo y Antillón hiciera la mortanza de indios guaycuras en el año de 1683. Determinados a hacer alto de una vez en tierra, se reconoció el paraje y se dio la orden de descargar lo necesario. Se dispuso para la seguridad de todos de cuatro centinelas para toda la noche, por turnos de dos en dos. No se rompía el nombre haciendo los disparos acostumbrados con arma de fuego por no llamar la atención de los indios comarcanos y para no desperdiciar, por lo que se ofreciese, las cargas de pólvora. Un soldado, conociendo mis aventuras, me instó a buscar el fusil que dejé en mi cuevecilla, cuando escapé de los indios pericúes y después caí en manos de mis bienhechores los guaycuras de la parcialidad de los callejús. Dejé de ocuparme en mis faenas del desembarco y en un descuido fuimos en busca del fusil, encontrándolo deshecho como una armadura oxidada. Decía que para levantar la misión el padre Ugarte ordenó que se dispusieran dos campanas que en la primera tarde quedaron puestas. Para las cabras y borregos se hizo un corralito para que se echaran a tierra. Los perros se soltaron por si venteaban algún indio vigía, que estuviera escondidos entre la maleza, viendo lo que hacíamos.

Habiendo bajado lo necesario cenamos algunos en tierra y otros a bordo. Y así se pasó la primera noche. Desde el primer día se empezó a celebrar la Santa Misa. A toque de campana se dejaban de hacer las faenas en las que nos ocupábamos acudiendo todos con puntualidad; se escuchaban los alabados, las avemarías, las ánimas y repiques solemnes para el Santo Rosario. Luego se reconoció el paraje para fundar la misión, iglesia y vivienda. La fundación de una nueva misión se establecía con la fabricación de una iglesia, un aposento para la vivienda del padre misionero, otro para despensa, en que guardar el bastimento, y otras cosas, y otro para los soldados de escolta. El lugar para la dicha fundación se halló muy a propósito en una loma alta de la que se dominan las playas y que está distante del aguaje como a un tiro de escopeta corta; con una mesa muy espaciosa de suelo duro y llano todo cubierto de mezquites, palmas, palo verde y pitahayas. Se inició el desmonte para que no nos tomasen desprevenidos los indios desde el monte próximo, que era desde donde los guaycuras de la parcialidad de los callejús solían arrojar flechas a los buzos que llegaban a hacer su aguada. Se iba con las armas en las manos y las hachas del desmonte. En la primera mañana de faena se reventaron dos hachas al cortar los muchos mezquites de que abundaba toda la loma. Viendo que era difícil acabar con los mezquites, a golpe de hacha se recurrió a buscar leña seca que, puesta a los pies de los mezquites se hizo una gran hoguera que pronto acabó con el monte, tanto que ya daba poca pena que se hubieran reventado las dos hachas. Al cuarto día de arduo trabajo, y sin recelo de las víboras, que el primer día se mataron tres y cantidad de alacranes y ciempiés, quedó desmontado más de 200 varas en cuadro capaz de abrigar a una buena población. Con el fuego también se acabó con las alimañas perniciosas, fruta ordinaria en tierras nuevas y montuosas. Con los maderos más gruesos de los mezquites

y con las palmas se fue haciendo una trinchera de veinte varas en cuadro en la que nos mudamos; poniendo la puerta adentro de la trinchera, el cuartel de los marineros a un lado, nuestro cuartel al contrapuesto. En los otros ángulos el cuartel de los ocho indios flecheros. En medio de la trinchera se levantó una casilla de troncos de palma, techada con hoja de la misma palma para los víveres. Las dos campanas se colocaron junto a la puerta. No obstante tanto trabajo y tesón todos nos sujetábamos a las órdenes del padre Juan de Ugarte, quien con el crucifijo en una mano y con la otra dando, no descansaba por ver su misión levantada.

Durante estos días los indios de Conchó y algunos soldados continuaron con el desmonte de mezquites y otros árboles que estaban cerca del aguaje del Rosario y muy cerca de donde había tenido mi cuevecilla. De la madera que resultaba, que era mucha, se dispuso hacer un corral de veinte varas en cuadro para el ganado mayor y caballada que traía por tierra el padre Clemente Guillén. También se fue cercando el desmonte y un gran palmar con una laguna de buena agua y carrizal, de bastante humedad para siembras.

Primera expedición en busca de mis bienhechores

Habiendo medio serenado el tiempo y visto que a los siete días de haber llegado al Puerto de la Paz no se había visto indio alguno, se hizo junta en la que el padre provincial Juan de Ugarte me preguntó en dónde suponía que pudieran encontrarse mis indios bienhechores. Dije que como en estos tiempos de diciembre se escaseaban las semillas en los bosques los indios comían de las semillas que habían almacenado en las mieses pasadas y que en los meses de diciembre hasta abril solían habitar más en las sierras porque allí abundaban los mezcales con que se alimentaban de ordinario. Que la pesca la abandonaban por ponerse

fría la mar y fuerte los vientos para irse a mezcalear a los montes. Entonces el padre provincial Juan de Ugarte determinó que, como práctico de las costas y parajes de las rancherías, saliese acompañado de seis marineros en una canoa grande a ver si hallaba a mis indios bienhechores, los callejués. Y preguntado en dónde podrían estar siendo diciembre. Contesté que mezcaleando en los parajes cercanos a la costa del canal de San Lorenzo, las Cruces o cerca del placer del Rosario e incluso podrían estar en los parajes de la ensenada de Cerralvo o en la isla Cerralvo donde abundaba el mezcal y las tortugas de las que se alimentaban de ordinario. Dicho esto y consultando con el padre Jaime Bravo y los soldados se ordenó que sólo viésemos los tres parajes inmediatos al oriente donde sabía podían estar: El Rosario, Santa Cruz y San Lorenzo, y que si el tiempo fuese a propósito, pasáramos a la Isla del Espíritu Santo a ver si ya los isleños de San Joseph habían llegado a dicha isla, que es también de su nación pericú. Salimos el día 10 de noviembre, después de misa, fiesta del patrocinio de Nuestra Señora, llevamos bastimentos para tres días, por ser corta la distancia, y armas por lo que pudiera ocurrirnos, y regalos de ropa, cuchillos y plumajes con que regalar si topáramos a los indios. Habiendo salido y estando por la isla de los Pichelingues, se nos vino un temporal que nos alejó de la costa enmarándonos, por fortuna salimos de ella y al día siguiente llegamos a los tres parajes referidos en el que sólo hallamos rastros viejos de los indios y por si estuviesen cerca hicimos humaredas pegando fuego a algunas palmeras y viendo que no aparecía gente y que el bastimento era poco decidimos tornar la vuelta para el Real. A poco de salir y dándonos la noche vimos lumbradas en la isla Cerralvo en lo alto de su sierra, y aunque conocimos que eran los indios que buscábamos, no nos dio el viento lugar para atravesar a la isla, ni a la del Espíritu Santo para ver si ya estaban los indios pericúes en ella.

Entrada triunfal del padre Clemente Guillén al Puerto de La Paz

Después de 26 días de camino llegó sin averías el padre Clemente Guillén⁸⁷ y su gente que lo acompañaban que eran tres soldados, cuatro sirvientes, y trece indios de la misión del padre. Habiendo salido desde su misión de Liguí o Malibat, caminado más de 60 leguas por parajes desconocidos, fragosos y poblado de indios gentiles de la nación guaycura. Cuando divisaron la balandra y las barracas en el Puerto de La Paz fue de gran alegría, porque todos, así los soldados españoles como los indios amigos, se hallaban muy quebrantados del mucho trabajo de la expedición. Porque o se caminaba atendiendo a cargas y caballada, que cuando se anda fuera de camino, como se hizo lo más de esta entrada, el caballo y la mula no quieren pasar por piedras, ni por espinas. Para que por ahí pasen, sólo lo consigue el trabajo de quien arrea. Las cargas en tanta subida y bajada se descomponen cada rato, con que piden un trabajo incesante en los que los cuidan. Esto es de día, ni es menos el afán de la noche, porque en velar la caballada y hacer la guardia en el Real, si es poca la gente, como ahora lo era, se padece mucho. Mayormente cuando, sobre el camino del día, se añade la diligencia de la exploración, que pide grandes fuerzas aun en los brutos, y en los hombres, sobre las fuerzas, animosos espíritus.

Ya los últimos días de camino, el 28 de diciembre, hicieron junta para deliberar si convendría proseguir el camino a La Paz, o tornar la vuelta al Presidio de Loreto. Los indios exploradores y los soldados habiendo reconocido el día an-

⁸⁷ Diario de Clemente Guillén, En: *testimonios sudcalifornianos* p. 97-103

terior que, de las cercanías de La Paz por la parte de la sierra se extendían unas montañas casi a la contracosta, las cuales por la altura obligaban a bajar muchas leguas para rodear a la Bahía de La Paz y afirmaron los exploradores que habría de camino más de 25 leguas y haciendo que se tasase el bastimento, convinieron que podría alcanzar de seis u ocho días y, otro lado, el riesgo era mayor por no saber si nuestra empresa por mar en la balandra el Triunfo de la Santa Cruz había tenido éxito y estábamos esperándolos en el puerto de La Paz, la llegada se tornaba incierta y se tendría que tornar la vuelta a la misión de Liguí a costa de sacrificar algunos caballos o alimentándose a la usanza de los indios comiendo mezcales o yuca que toparon por el camino. Decidieron proseguir la empresa entre dudas si llegarían o no con luz a La Paz, anduvieron más de cinco días hasta que el sexto día, desde una alta loma, divisaron el mar en el seno californico. Mandaron a los exploradores que, llegando hasta la mar, regresaron informando que el Puerto de La Paz se encontraba a la parte del sur, que caían derecho a La Paz y no más arriba como se pensaba. Al día siguiente llegaron a la mar y caminaron algunos trechos por playas, y otros por cerros altos que impedían el paso porque anegaban sus faldas en el mar, vencidos unos se seguían otros, siendo necesario para el paso en algunas ocasiones que descargaran las mulas, las menos fuertes, para pasarlas. Finalmente se vencieron todos los obstáculos caminaron tan recio como diez leguas, siempre siguiendo la orilla de la Bahía de La Paz, llegando al bordo del estero desde donde sí divisaba la balandra y el Puerto de la Paz, como a las tres o cuatro de la tarde del día 6 de enero de 1721. Al caminar entre dudas de si hallarían en el puerto la balandra el Triunfo de la Santa Cruz y a nosotros, uno de los soldados le preguntó a otro de los soldados:

—¿Cuál gozo será mayor, el que tendrán los padres y la gente que están en La Paz, de vernos llegar o el que

tendremos nosotros de ver a los padres y gente que allí está?

Respondió el otro soldado: —Nosotros no tenemos ni un bocado que comer, esta mañana se nos acabó el bastimento, si hemos de comer, allá nos lo han de dar, con sólo eso tenemos para que nuestro gozo sea mayor y además con verlos nos libramos de mayores trabajos que los que ellos pueden tener. Por eso creo, es mayor nuestro gozo.

Aunque tenían razón estos soldados en su disertación, no lo era del todo porque nuestro gozo fue mayor al verlos en la otra banda del canal, en el mogote, a la parte del noroeste, se oyeron confusamente gritos y volviendo la vista para la parte dicha divisamos gente de a caballo, conociendo que era gente de la expedición por tierra del padre Clemente Guillén. Esperaron en el bordo del estero nuestras canoas en las que enviamos una tinaja de agua, suponiendo estarían necesitados, y con la orden de que pasasen luego al padre y a la gente que lo acompañaban; y que se viese si las bestias se podían pasar, que si no, tendrían que bordear como quince leguas toda la bahía.

Se pasaron por fortuna los trastes y parte de la caballería que eran en total diez y ocho. Pasado el padre y la gente que lo acompañaban los recibimos con gran alegría y con lágrimas de consuelo. En esta nueva misión fueron todos los caminantes bien recibidos y regalados de abundante comida. Al día siguiente se pasaron las demás bestias que habían quedado en el estero y se llevaron al corral para que descansaran en el carrizal y en las lomas bien empastadas. Al día siguiente se sangraron todas las bestias, para que desechasen todo el molimiento de tanta caminata. Los caminantes a los pocos días de reparados del cansancio se aplicaron a tener parte en la nueva fundación, con-

curriendo a los trabajos que se ofrecieron, de salir a cazar, cercar y a algunas expediciones de a caballo y a pie.

Torna la balandra el Triunfo de la Santa Cruz al Real de Loreto

Ante los buenos sucesos se determinó enviar la balandra al Real de Loreto para que informase de los sucesos de mar y tierra y para que se trajesen bastimentos de los que ya estábamos escasos. El día 9 de enero salió la balandra tardando en llegar a Loreto 11 días por un fuerte norte que la agarró en el camino, quebrándose la botavara.⁸⁸

⁸⁸ De botar y vara. Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

Primera expedición a caballo en busca de los bienhechores

El día 13 de enero se determinó hacer la primera expedición a caballo. Salimos con el padre Jaime Bravo, un soldado llamado Manuel de Ocio y dos indios amigos y yo a reconocer las cercanías donde sabía pudiesen estar mis indios bienhechores. Caminamos rumbo al sudeste donde se hallaban unos cerros bajos que llamamos del Rosario, por ser estos el origen del arroyo que viene a reconocer la bahía y uno de sus brazos el que comunica al aguaje dicho, donde los pericúes y los buzos hacían su aguada. Tiene este un tracto de la bahía a su origen como cinco leguas y agua corriente a tres leguas de la bahía, además en su caja y bordo muchas palmas, tulares y carrizales. Topamos con el rastro de dos parajes de rancherías que al parecer hacía tiempo que se habían mudado de ellas. No habiendo rastros recientes de tatema de mezcales supusimos que habían ido en busca de otras mezcaleras. Habiendo reconocido las lomas inmediatas al arroyo, esa misma noche nos volvimos al Real.

Al día siguiente salieron a pescar los indios loretanos en una canoa regresando por la tarde y diciendo que habían visto humaredas de los indios por la playa que mira al sur de la bahía. El padre visitador dio la orden de que saliéramos tres a caballo, el soldado Manuel de Ocio, el intérprete y yo. Fuimos hacia donde nos dijeron los indios y habiendo llegado por donde nos señalaron y aun un poco más, por lo espeso del monte y los parajes no topamos con ellos, pero tornando la vuelta por la playa hacia el Real topamos como con quince indios que estaban recolectando caracoles, los cuales al vernos tiraron las conchas y las armas para huir hacia los montes. Por

más que el intérprete les hablaba en su lengua diciéndoles que éramos sus amigos y que yo Juan Díaz estaba de regreso, y por no atemorizarlos más, no los seguimos. Más adelante topamos con un indio que estando descuidado e ignorante de lo que había sucedido a sus compañeros se estaba divirtiendo cogiendo caracoles. Nos acercamos a él rodeándolo con nuestros caballos que al verlos se horrorizó y tapándose los ojos con las manos empezó a dar tremendos gritos. El intérprete no entendía nada de lo que el indio gritaba, ni él al intérprete lo que este decía. Estaba tan aturdido el pobre y espantado de ver por primera vez hombres a caballo que el intérprete se apeo de su caballo y nosotros dimos la retirada para tratar de quitarle el mucho espanto que tenía. Era tanto su espanto que sin quitarse las manos de la cara y viendo el camino libre se echó a correr por donde discurría estaban sus compañeros. No pude saber si era de los indios de la parcialidad de los Callejués por haberse cubierto la cara con las manos y ser este un indio joven que habiendo pasado seis años, desde mi partida, había mutado su figura. Ya de regreso y con la alegría de llevar buenas noticias topamos con un aguaje de pozo o *batequi* distante del Real como una legua.

Se ponen los fundamentos de la primera casa de Nuestra Señora del Pilar de la Paz

El día 16 de enero se echaron los cordeles para la primera casa de esta misión incoada,⁸⁹ siendo los maestros el padre provincial Juan de Ugarte y el padre Clemente Guillén. Se tiraron las plumadas y las escuadras y después de escuadrados y señalados de doce varas de largo, cinco de ancho, y una de grueso de pared, cogieron los dichos padres las coas y azadones, y comenzaron a cavar. Al poco rato continuaron con la excavación los indios lo-retanos que eran ya diestros en estos menesteres topando con un cascabel de cobre antiquísimo que sólo Dios sabía cuánto tiempo tendría enterrado y quien lo traería a esta tierra. Los indios ahí presentes al verlo de inmediato lo reconocieron como proveniente de la gente del norte y enseñándolo a otros velaron el misterio diciendo que antiguamente ellos tenían por costumbre hacer una fiesta que llamaban del mico, que se iniciaba en el norte y pasaba por todos los territorios y naciones de los indios hasta la última punta de California o Cabo de San Lucas, y que no se sabía por dónde empezaba, por tocante a tierras del norte, y corría con cabecitas de pájaros y variedad de plumas que daba cada tierra, así como otras curiosidades que trocaban entre ellos. De esta forma los indios corrían por las diferentes naciones con las prendas del mico. De suerte que las rancherías del norte caminaban una o dos jornadas y entregaban estas prendas a otras rancherías más abajo, que recibían a los huéspedes, presentándoles muchas bateas grandes de sus semillas, y bailaban las prendas unos y otros con solemnidad, y después se volvían

⁸⁹ Comenzar una cosa, llevar a cabo los primeros trámites de un proceso.

los primeros a sus tierras, y los segundos, de este mismo modo, correspondían corriendo con el mico más abajo, y eran recibidos con la misma solemnidad, y así corrían de mano en mano hasta el remate de la tierra, conociéndose y confirmándose las amistades y aplacándose los pleitos de unas naciones con otras.

Entrada de los isleños pericúes de la Isla San Joseph

Como a las once de este día vimos venir cuatro canoas de los isleños que, con las mismas ceremonias que los viajes pasados, llegaron aquí sin traer mujer ni muchachos. Venían prevenidos con sus arcos, flechas y lanzadardos por si topaban con sus enemigos los guaycuras. Los centinelas hicieron salvas y se tocaron las campanas, los padres y los nuevos colonos que estaban trabajando en la loma, bajaron para ver lo que ocurría. Luego supimos en voz del indio Martín el motivo.

—Como vimos pasar la balandra el Triunfo de la Santa Cruz por nuestra isla creímos que habían desamparado esto.

Les explicamos que la balandra regresaba por víveres y otras cosas necesarias para la misión y que no sería la primera vez que se viera pasar por sus tierras, por lo que debían socorrerla siempre que la vieran en dificultades.

Al saberse el equívoco, desembarcaron todos dejando sus arcos y flechas en el suelo, como señal de paz. Al desembarcar el padre Jaime Bravo le dijo a Martín: Hijo mío trae a tu gente a ver a la caballada. Que era una novedad, para ellos nunca vista, aunque el indio Martín ya le había picado la curiosidad, pues él se había criado con los padres misioneros, como ya se dijo.

Los caballos de casualidad estaban en el corral. Les causó gran admiración ver a dos soldados en sus caballos haciendo escaramuzas que los atemorizó lo bastante, pero mandado a uno de nuestros indios subiera a pelo a uno

de los caballos, y poniendo en ancas al indio Martín dieron sus carreras con que se sosegaron y uno de los indios principales dijo:

—Ser cosa buena *yappu* para nuestros muchachos.

Aquí se conoce cómo la parcialidad de los pericúes son diferentes a los guaycuras: *yappu* quiere decir en el idioma pericú “venado grande”, que es como le dicen ahora a los caballos.

Después del rodeo, las escaramuzas y dar sus carreras, hacer combates de lucha con nuestra gente y haberles dado comida pidieron ir a dormir en la playa del mogote, del otro lado del canal, preguntando primero si ahí estarían seguros de los guaycuros y de los soldados. Se les dijo que sí, que eran todos amigos, y se pasaron en sus cuatro canoas a la playa que estaba enfrente de nuestro real, y allí ranchearon, que fue la primera vez que lo hayan hecho en su vida en estas comarcas, por el gran miedo que le tenían a los guaycuras.

El día 17 temprano vino una canoa con la más de su gente y trajeron sus trastecillos, pidiendo se los guardaran los padres, mientras iban a la bahía adentro a pescar. Lo hicimos con mucho gusto, viendo que los pobres se fiaban de nosotros, entregándonos toda su riqueza. Para que vieran que podían tomar confianza, dispuso el padre visitador Juan de Ugarte que fuese con ellos uno de sus chamacos llamado Javier. Por la tarde volvieron todos con pescado, cargando más que ninguno de ellos el Javier, de lo que le habían regalado. Nosotros de agradecimiento por los pescados le dimos maíz, para que él regalase a sus indios bienhechores. Esta noche pidieron permiso de quedarse a dormir con nosotros, y que se

quedase a dormir con ellos el Javier, a que le dijimos se fuera a dormir con ellos, que estábamos seguros de su amistad. Se recogieron después de cenar pescados y maíz del que le habíamos dado, y ya esta noche les hizo poco espanto el toque de las Aves María y Ánimas, pero antes de medianoche se alborotaron y subieron al Real a llamar a los padres, que luego se hubieron de levantar, para ir a sosegarlos. Preguntados de la novedad, dijo su huésped, Javier:

—Tienen gran miedo de ver al centinela que se anda paseando en la loma y de oír aullar a la perra a la que le tienen pavor.

Les dijimos que no había por qué tener miedo que aquí estaban seguros, que luego haríamos amarrar a la perra. Los hicimos acostar, y se dio aviso al centinela diciéndole:

—No andes por donde te puedan ver los pericúes porque están recelosos de ti y amarra la perra, no la tengas suelta.

Pareció que se sosegaron y nos volvimos a dormir.

Por la mañana quisieron ver los caballos y subir en ellos, lo que hicieron tres, paseándose alrededor del real con gran complacencia de ellos y sus mujeres. Dijeron irían a traer las mujeres para que los viesan y se paseasen con ellos. Al mismo tiempo se conoció que los aullidos de la perra eran porque en el silencio de la noche los indios guaycuros habían entrado a los corrales de las bestias.

—Habrían venido a matarlos o a llevárselos —dijo uno de los soldados centinelas “han dejado rastros frescos por todo el corral”.

Se ordenó que saliesen los soldados y todos los indios amigos a recoger el resto de bestias. Partieron en toda forma de pelea los soldados e indios, se convidaron a ir con nuestra gente, mas diciéndoles que no íbamos a pelear, sino a traer las bestias que faltaban, se fueron ellos también en sus canoas regalados como las otras veces. Al poco rato retornó nuestra gente con todas las bestias, y se reconoció que, a la novedad de los caballos, vino gente a verlos, y como unos y otros corrían no pudieron matarlos o robarlos, discurrió el soldado centinela.

Segunda expedición a caballo en busca de los bienhechores

Para lograr él buscar gente sobre sus rastros frescos, se determinó hacer una expedición con ánimo de no desistir hasta topar con gente. Yendo por delante por si topaba con los indios callejús, mis bienhechores, seguido por el padre Jaime Bravo, dos soldados del presidio de Loreto, llamado uno Salvador de Bonu y el otro Ignacio Rojas, un indio intérprete de la lengua guaycura, llamado Mateo, y una cuadrilla de indios flecheros de Loreto Conchó. Para lograr mejor el intento llevamos bestias mulares cargadas con las petacas del bizcocho, nuestros viáticos, trastecillos y con algunos otros regalitos que ellos gustan para señuelo y socorro de los indios, porque sin estos no se consigue el fin de la expedición: tanto que suelen responder al padre misionero:

—Para que habemos de ir si eres un pobre que nada tienes que dar.

Al contrario, cuando se les concede lo que piden concurren en gran número a la instrucción de la doctrina cristiana, aprovechándose los padres misioneros de la ocasión para persuadirles de la necesidad de convertirse, y desengañarles de los errores de que se hallan inspirados. Salimos como dije del real buscando el rastro, y tomado lo fuimos siguiendo por montes y cerros sin vereda. Y reconocido de que habían visto nuestras barracas desde lo alto del cerro Atravesado donde acostumbraban apostar vigía, cogimos entonces el rumbo de la contracosta por donde sabía podían estar, fuimos siguiendo el rastro y como a la una de la tarde, cuando el sol no se podía sufrir, paramos a comer y a sestar en un aguaje de los muchos que conocía, distante del real como dos leguas.

Nuestros caballos bebieron suficiente agua y los indios flecheros hicieron su aguada. De ahí salimos y a poco andar vimos que las veredas se partían, unas al poniente y otras al sur. Determinamos seguir el rastro del sur que a poco de caminar se convirtió en un arroyo de arenas blancas, ancho y despejado, por el que caminamos recio como una legua y media, luego se topó en que el arroyo se acababa y ni veredas ni rastros pudimos hallar porque estaba muy montuoso, empastado y abundante de matorrales de todo género de espinas que ni con las cueras evitábamos. Aquí metimos hachas para abrirnos paso, encontrando mucho palo de brasil que no se había visto en la California. El trabajo fue mucho y el logro poco, por lo intrincado del camino. Por este rumbo nos cayó la noche en una loma llena de piedras bolas, y algunos encinos, en la que rancheamos para pasar la noche, porque en descubrimientos no se puede andar de noche. Encontramos algunas palmeras a las que le dimos fuego para calentarnos del intenso frío y ahuyentar a los coyotes, que atraídos por la caballada, andaban merodeando muy cerca. Subimos a lo empinado del cerro para ver si veíamos lumbradas de los indios, pero habiendo luna nueva y otro cerro más encumbrado que nos tapaba la vista, nos quedamos sin ver lumbrada en parte alguna. Porque no había agua hicimos consejo y se acordó que se echara a la suerte para ver quién bajaba a hacer aguada a una caja de arroyo que habíamos visto, pero nadie quiso meter la mano al sombrero, por lo cansado de la jornada dicha y el frío que partía el alma de cualquiera, a más de que se escuchaban los coyotes que merodeaban por doquier. El padre Jaime Bravo, al ver que los ánimos estaban flojos, metió la mano por todos y tocó al capitán de campaña Salvador de Bonu bajar solo, lo hizo no sin retobar. Halló bastante por lo que pasamos bien la noche.

Al romper el alba⁹⁰ bajamos la loma para seguir el cajón del arroyo que ofrecía agua y era andable. A poco de caminar topamos con unos manchones de un árbol que los españoles llamamos cacalosúchil de hermosas flores blancas y rojas. El padre Jaime Bravo se alegró mucho de encontrarlos diciendo que estos árboles nunca se habían visto en tierras de California y que era buena señal porque sólo en tierras que llueve mucho y pican en caliente las hay. Éstas se vieron por todo el cajón del arroyo hasta que a dos leguas topamos con un paso infranqueable para las bestias, por lo que nos vimos obligados a saltar a unas cuchillas arenosas que a la verdad hacían peligrar a las bestias y los bastimentos. Saltando algunas lomas arenosas, caímos otra vez al arroyo, hallando buenos palmares, abundante agua, carrizales, tulares y zacate verde para las bestias. Aquí cogieron nuestros indios mucha raíz de yuca de la que todos comimos asadas y un soldado llamado Ignacio Rojas⁹¹ salió a explorar los cerros y topó con una beta de buen metal de plata. Proseguimos por el arroyo y a poco andar se apartó el rastro del arroyo y torció hacia el norte y tomándolo dimos con una ranchería en la que acababan de tatemar un venado; había rastros de varias lumbradas con tizones encendidos y pisadas de chicos y grandes señales de que ahí habían pasado la noche. Seguimos los rastros que salían en todas direcciones por lo que perdimos dos horas buscando y suponiendo que serían los rastros de los indios que andaban cazando, regresamos a la ranchería de donde partimos, para seguir el rumbo hacia donde fuese el mayor número de rastros. Cogimos al oriente, atravesando varias lomas, algunos arroyos con

⁹⁰ Amanecer o empezar a aparecer la luz del día.

⁹¹ el cabo Ignacio de Rojas aparece en el relato del viaje que hizo el padre Clemente Guillen y en el relato del padre Jaime Bravo. En ambos se registra que hizo descubrimientos de metales

agua, palmas y mucho pasto verde. Antes del anochecer rancheamos en uno de estos arroyos y se enviaron a dos indios exploradores para buscar los rastros y ver qué rumbo llevaban para seguirlos a la mañana siguiente. Y así salimos al alborar del día, sabiendo ya, por los indios exploradores, por dónde iban los rastros. Habiendo aclarado notamos que los rastros se desparramaban, unos por un lado, otros por otro. Y después supimos que ellos ya nos habían divisado y que con toda intención se habían esparcido por los montes para que no los encontráramos. Cuando ya nuestros caballos daban muestra de cansancio y yo a la verdad enfado de tanto desatino, en dos días de caminos y confusiones porque desandamos lo andado y luego tornábamos a seguir veredas montuosas, empastadas y empinadas que a nada llevaban, vimos la mar y que teníamos al sur un inmenso valle plano, al norte a la isla Cerralvo y que nos hallábamos inmediatos a la ensenada donde suponía estaban los indios callejués.

Feliz encuentro con los indios bienhechores

De pronto vimos una mata de pitahaya toda destrozada, flechada y de ella una multitud de pedacillos como estacas clavadas en la arena, nos detuvimos para registrar el terreno y el padre Jaime preguntó:

—¿Qué señal es esta Juan?

—Es el modo que tienen, padre, de declararnos enemigos en sus tierras y la guerra —ante la advertencia tan patente el padre, dirigiéndose al capitán de los soldados y la escuadra de flecheros, dijo:

—Ordene capitán de que estén a una vista de nuestra tropa, cautelando emboscadas. —Nuestra corta tropa se hizo uno a la voz del capitán que, ante la advertencia, nuestros indios flecheros tensaron sus arcos y prepararon sus flechas y los soldados sus fusiles. Topamos el rastro a media legua de andar por unas lomas empastadas y trilladas por el paso reciente de los indios que, nos hurtaban el paso al sentir que les pisábamos los talones. Desde una lomita vimos humaredas distantes como media legua, que nos regocijó mucho en medio de estar amenazando mucha lluvia. Entramos a la caja del arroyo donde había abundantes encinos y algunos sauces. Nos acercamos a la humareda y preparamos las armas por si topábamos con los indios coras, antiguos enemigos de los callejués. De pronto en una lomita despejada estaba una cuadrilla de indios bien armados de arcos y flechas dando brincos y gritería, con su capitán muy puesto de sombrero, regalo de José de Larreateguí, cuando hizo mi rescate, que nos causó novedad e irrisión. Luego que los vimos nos apeamos de nuestros caballos tomando nuestras armas. Los indios

al vernos tan cerca y sintiéndose acorralados por nuestra gente comenzaron a gritarse unos a otros y a llamarse con sus pitos. Tomaron sus armas y trataron de retirarse, entonces caminé con Mateo el intérprete hacia donde ellos estaban, lo que hizo también el padre Jaime Bravo. Mandando primero que se quedasen atrás los soldados e indios amigos que nos seguían a pie y bien armados; dando órdenes a los soldados de no hacer ademanes algunos de pelea, sino en caso urgente. Así que estando cerca, les gritó el intérprete:

—No tengan miedo, que es Ti apa tú, que regresa.

Respondieron aturdidos por el miedo:

—Si es Ti apa tú, entonces que llegue, que llegue solo.

Habiendo conocido ser mis bienhechores, dije al padre Jaime Bravo:

—Son ellos, los callejués a quienes buscamos, usted y los soldados esperen mi regreso, que iré con el intérprete. —Nos apeamos de nuestros caballos, cogimos nuestras armas y nos acercamos a prudente distancia, lo que hizo también el padre Jaime. Estando cerca y ellos en una peña conocieron que era yo, Juan Díaz, Ti apa tú, el hombre venido del norte, a pesar de mi crecida barba y los seis años transcurridos, desde que estuve con ellos, que habían cambiado mi figura. Se apaciguaron y toda la gritería de los pobres paró en regocijo y abrazos. Luego de los abrazos y el reconocimiento, en voz del intérprete les dije cuántas diligencias había hecho por hallarlos y el gran consuelo que tenía de verlos, que venía a visitarlos en recuerdo de ser mis bienhechores y traerles regalos, que ellos eran mis amigos. Entonces ellos en voz del intérprete dijeron:

—Eres bienvenido Ti apa tú con tus amigos y parientes.
—Hice señas para que el padre Jaime Bravo se acercara y llegado, en voz del intérprete, dijo su parlamento que acostumbraba en estos casos, diciendo el fin de nuestra llegada a sus tierras, que fuesen todos al Puerto de La Paz, donde tenía ropa para dar a todos y otros regalos. Lo entendieron bien. Regaló luego al capitán y a los otros, luego el capitán llamó a gritos a las otras dos cuadrillas que estaban en lo alto de una loma, para que se juntaran que Ti apa tú estaba de regreso, como lo había prometido.

Estando todos reunidos les dijo el padre Jaime que bajasen por el arroyo en donde teníamos los caballos, que tenía comida con que regalarlos, que los que estaban ahí eran todos amigos y no les harían ningún daño. Todos bajaron y se regalaron, y luego fue el capitán de la cuadrilla a dar aviso a su ranchería de nuestra llegada, estaba distante media legua de allí.

Entrega de la vara de justicia

Regresó trayendo consigo con qué regalar al padre, que fue darle todas las insignias que como principal tenía, que todas las entregó haciendo mil monerías en señal de regocijo. El padre entregó a su vez la vara de justicia o de gobernador de su gente que el aceptó gustoso. Volvió otra vez a su ranchería y trajo a una de las *kanai* que me habían cuidado y a otras mujeres, algunos muchachos mirones, chicos y grandes, a los que a todos regaló el padre. Después les dije que, nos volvíamos porque estaba lloviendo y amenazaba mucha agua, que estaba cansada nuestra gente, y porque no sabíamos el camino de retorno, nos diese un guía para que nos llevase derecho.

Luego señaló el capitán de los callejués a cuatro indios para que nos guiasen y dijo que al día siguiente, si no llovía, irían todos al Puerto de La Paz.

Por el buen suceso, consoladísimos, dimos la vuelta para el real. Como llevábamos guía lo que en dos días y medio habíamos caminado, lo desanduvimos en seis horas por camino bueno, no obstante de que no cesaba de llover muy recio. Aunque estábamos todos empapados de la lluvia, y se insinuaba ya el hambre, no dejamos de caminar recio hasta llegar al real a dar las buenas noticias a los conquistadores que estaban ya cuidadosos de lo que nos podía haber sucedido, y de lo malo del tiempo. Nos recibieron con inexplicable alegría, y más, viendo tan bien lograda la expedición, y se regaló luego a los huéspedes y a la gente que había ido con nosotros. Se dio vestido a los cuatro callejués para que se taparan sus vergüenzas, lo hicieron aunque en

cuanto tuvieron oportunidad largaron sus trapos para usarlas como talegas.⁹²

⁹² Saco o bolsa ancha y corta, de lienzo basto u otra tela, que sirve para llevar o guardar las cosas.

Entrada de los callejués en el Real

Los cuatro callejués durmieron en el real en donde les di noticias, en voz de Mateo el intérprete, de mis aventuras desde que los había dejado. Les dije que había noticiado a los padres que de ellos, la nación de los callejués, recibí una vida regalada y no así de los indios pericúes de la isla de San Joseph, de los que son contrarios y de quienes sólo recibí un trato miserable peor que la de un esclavo negro.

Escucharon con gran atención e interés y me dijeron con gran sentimiento que ellos ya habían vengado el maltrato y agravio dando muerte a muchos de la nación pericú que caían al sur de sus territorios y que habían acabado con muchos de ellos, mujeres y niños sin hacer cautivos, ni esclavos. Dijeron que la nación de los callejués no puede soportar en sus tierras a enemigos tan despreciables como ellos y que las mujeres de los perihués, como ellos les dicen en su lengua, no saben ser mujer de un guaycuro.

Luego me noticiaron que unas de mis kanais había caído en manos de los aripes y que desde entonces no la habían vuelto a ver, pero que sabían que estaba amancebada con uno de la ranchería de los cautáros.⁹³

Por la mañana, después de almorzar salió uno de ellos a buscar a los suyos y regresó hasta el día siguiente acompañado de uno de los capitanes para pedir que saliera Juan Díaz y una delegación de nuestros indios amigos a recibirlos a su usanza como señal de amistad y hospitalidad. Ya

⁹³ Los cautáros era una ranchería de la etnia guaycura, que habitaban los parajes ubicados entre la misión de los Dolores y la misión de La Paz.

se hallaban cerca. Eran veinticinco hombres guerreros de arco y flecha. Se les hizo un recibimiento con gran regocijo dándoles a todos sayales para vestido y cuchillos a cada uno y a los principales plumajes y algunas alhajillas que ellos apreciaban. Se les preguntó:

—¿Por qué no han venido sus mujeres con sus niños de pecho?

—No las hemos traído por estar lloviendo y porque han tenido gran miedo de las barracas que se ven desde aquella loma. Dijeron señalando el cerro Atravesado.

—Son nuestras cuevas, en que nos defendemos del frío y del agua y no esconden otro misterio —respondimos.

Luego dieron noticia de las rancherías que habitaban en esta cercanía, diciendo que eran todas de enemigos y que de ellas sólo dos eran amigas.

Se les dijo que el padre venía a hacerlos amigos a todos y que ya no debía de haber pelea ni enemistad. Entonces se escuchó decir en su lengua al capitán de los callejús:

—Este es nuestro padre. Señalando al padre rector Juan de Ugarte.

Pasaron muy alegres la Noche Buena y durmieron dentro de nuestra trinchera, previniendo que no se les hiciera extraño el repique de campanas a media noche, que esto era señal de alegría de los cristianos por estar celebrando la Pascua. Esta noche de pascua se dijeron tres misas con mucha alegría y repiques solemnes.

El día de la Natividad, después de almorzar, dijeron que se irían por estar con equipatas el tiempo y porque sus mujeres se habían quedado mezcaleando.

Les dimos un poco de maíz para su viaje y se les mostraron los fardos de la ropa que había de darles a sus mujeres y niños, diciéndoles que los esperábamos a todos ya que aclarase el tiempo.

Días después vinieron a avisar que estaban cerca para que saliese a recibirlos con los indios amigos. Llegaron en número de treinta y dos hombres de arco y flecha con su capitán y tres muchachos de poca edad.

Se les recibió con gusto y dejando sus armas en el suelo como señal de paz, pidieron con señas que los soldados hicieran lo mismo con los suyos. Señalando el capitán a los hombres que no habían venido en las fiestas de pascua se les dio, como a los otros, su vestido, cuchillos y plumajes y aunque no se nos hizo mención de dar a los muchachitos les dimos luego vestiditos y algunos dijecillos propios para ellos, con lo que quedaron contentos. Uno de los muchachitos, aunque prieto y desnudo, tenía figura de hijo de español y conducido ante mí para que le diera un sayal, el indio principal dijo, señalándome, en voz del intérprete:

—El es Ti apa tú. El muchachito se acercó con timidez y tocando mi barba, dijo en voz del intérprete Mateo:

—Mi madre fue hecha cautiva de los cautaros. Tocándole la cabeza lo consolé y desde ese día no se separó de mí.

Pasaron el día y la noche con nosotros y el padre visitador, para congraciarse, los llevó a donde estaban nuestras canoas y les regaló una, diciéndoles:

—Esta canoa se las regalo como señal de nuestra amistad, la pueden tener aquí en el Real y disponer de ella como suya y conforme se vaya dando la ocasión se les irá socorriendo con cuantas se pueda. —La recibieron con gran muestra de alegría que el mismo día salieron a pasear en ella.

Al día siguiente, después de almorzar pidieron que fuese con ellos a donde estaban sus mujeres y niños, que era un lugar de abundantes palmeras y tulares distantes como dos leguas al sur del Real. Salí al paraje donde estaban rancheando acompañados de once indios amigos de la misión del padre Clemente y los indios guaycuros de Loreto Conchó. Antes de llegar nos salieron a recibir multitud de indios grandes y chicos, maravillados por nuestros caballos.

Estaban las dos rancherías congregadas que era cosa de verse, cada cual con sus capitanes. Esta noche se soltó un aguacero y como los pobres estaban a cielo raso, nos acercamos a los capitanes y al que fuera mi padrino significándoles la lástima que nos causaba ver que sus mujeres y niños se estaban mojando. Les dijimos que si querían podían ir al real a buscar cobijo y librarse de la lluvia. Parecía convite excusado, muy sin embargo, hicieron demostraciones de regocijo y afecto; la respuesta fue irnos al real con todo y tizones. Ahí se les insinuó que habían de concurrir los aripez, los coras y los pericúes, y que allí mismo se debían de acabar las diferencias antiguas, enemistades y guerras. A este tiempo acudieron los pericúes y les salió al encuentro, en la playa, el padre Jaime Bravo, para quitarles

el recelo de los guaycuros, diciéndoles que no tuviesen recelo que ya teníamos prevenidos a sus enemigos, que no debían de ser en adelante, pues también ellos eran nuestros amigos. Mientras tanto, yo apadrinaba a los capitanes de los callejús para carearlos. Hicieron con gran vocería sus amistades; gritando uno y otros en su lengua que ya no se pelearían, que serían amigos. Voces que causaron ternura aun a los que no saben lo que son las guerras y enemistades antiguas en estas naciones y que estas las pronuncien los mismos que son los tenidos por más valientes de toda esta tierra. Los dos capitanes guaycuros hicieron su papel de paz, con tanto garbo como si fuera un tratado entre emperadores, arrimando todos sus armas. Hecho esto, los isleños regalaron con pescado a los de tierra firme y estos dieron a cambio arcos y pieles de venados. Luego todos se sentaron con solemnidad en el suelo haciendo la figura de círculo quedando asentadas las paces, como diré más adelante.

Las paces

Habló el capitán principal de los callejués en voz del intérprete Mateo, dijo: Ya no habrá enemigos ni peleas. Ya somos hermanos los que antes éramos enemigos; a los de la nación pericú los trataremos como parientes, llamaremos a nuestros enemigos los Aripes para que el padre los haga cristianos y amigos y después a los coras. Este bien nos ha venido por Juan Díaz, Ti apa tú, el hombre venido del norte, por cuyo respeto he tirado las armas: no penséis que ha sido por miedo, pues, ya sabéis que tengo mucha gente y que ahora son mis amigos los españoles. Vosotros pericúes, aripes, coras y huchitíes levantad las armas si queréis, que soy bastante con los españoles para castigarlos. Pues sabéis que hay españoles en la costa del mar y en las tierras de los cochimíes y guaycuras del Conchó. Me han dicho que estáis firmes en las paces que habemos hecho. Entonces romped las armas y haced la paz. Y diciendo en su propia voz en lengua castilla con señas de singular regocijo: —Ya se acabó el pelear, ya no hay enemigos. Ya ha llegado la palabra de Dios a nuestra tierra ya no somos lo que éramos antes.

Contestó uno de los principales de los pericúes, has hablado y amonestádonos muy bien, yo tengo un mismo corazón con el tuyo, mi corazón siente y dice lo que tú has dicho. Mi pueblo es de hombres valientes, de capitanes que se han enfrentado con los tuyos, haciendo prisioneros y llevándose tus mujeres y los frutos de tus tierras. Entonces romped las armas y haced la paz. Y diciendo esto se sentaron todos en círculo para convidarse a fumar tabaco en sus cañitas que tenían preparadas como si fuera un brindis.

Después de algunos días llegó la balandra de Loreto al Puerto de La Paz con bastimentos: 20 sacos de maíz, un poco de bizcocho y pinole, 33 cabezas de ganado mayor y 48 de ganado menor entre cabras y carneros. Luego de que se bajaron los bastimentos y el ganado echado a tierra y encerrado en sus nuevos corrales, el padre Juan de Ugarte ordenó se mataran tres vacas para secar la carne y comer de ella y celebrar el bautizo de ocho parvulito.

La balandra el Triunfo de la Santa Cruz, aunque nueva, tuvo sus primeras averías cuando tornaba la vuelta para Loreto, se le quebró la botavara e hizo agua por lo que fue necesario que el padre provincial Juan de Ugarte le reparara la botavara con madera de mezquite y la calafateara siempre ayudado por algunos marineros e indios guaycuras que fueron a cortar mezquites y a juntar estopa de palma y brea de copal que los indios usaban para pegar sus flechas y que mezclado con cebo sirvió para carenar el barco.

El día 10 de enero salió el padre Clemente Guillén bien aviado de bastimentos y proveído de bastantes regalos el padre Jaime Bravo. El padre Clemente Guillén y la carga salieron en una canoa bahía adentro. Las bestias e indios amigos rodearon la bahía e hicieron alto en un carrizal a sus orillas donde esperaba el padre clemente con la carga y la canoa. Llegaron a la misión de Liguí el 23 de enero, habiendo caminado 14 días.

Hecho esto, después de tres meses de su estancia en La Paz y viendo que la Misión estaba dando sus primeros frutos determinó su reverencia Juan de Ugarte salir para el Real de Loreto llevando la proa a su viaje con buen tiempo. Estando en Loreto los primeros días de marzo se encontró con la noticia de que habían pasado de la isla san Joseph

algunos indios pericúes a buscarlo y al no encontrarlo se habían regresado para sus tierras.

Sentimos mucho la partida de los padres quedándonos en la nueva Misión de Nuestra Señora del Pilar el padre Jaime Bravo, dos filipinos pampangos, un mozo sirviente, el intérprete Mateo y seis indios lauretanos y yo.⁶⁶ Esa misma mañana llegaron los indios guaycuras trayendo a bautizar a un parvulito que el padre Jaime Bravo, en memoria del padre milanés Juan María de Salvatierra, le puso por nombre Juan María.

Vuestra Excelencia, como notáis, la memoria es dilatada, muy a pesar del olvido que se excusa en un viejo como yo, que ya con nubes en los ojos y las manos crispadas pide descanso a sus pies. Un pobre viejo como yo sólo de la memoria vive y para no dejar sin responder a su pregunta, digo tan sólo lo que una vez me dijo el mallorquín (*qepd*) que “la verdad es al plomo, como la mentira al oro y sólo un alquimista de la memoria hace del olvido su historia que la fama que por lejana se olvida”

En está ocasión no me puedo extender mas en relación tan dilatada pues estoy muy acabado de la vida y a punto de morir, pero si Dios me diere vida, espero lo haré en relación para dar cuenta de la rebelión de los pericúes. A veces a la distancia me pregunto si estos territorios ultramarinos de la California son nuestros solo por haberlos conquistado o por cuasi haberlos exterminado. Dios guarde a su Vuestra Excelencia. Pongo mi marca como testimonio de verdad. Rúbrica.

⁶⁶ El padre Juan de Ugarte, al momento de su partida, no menciona que dejó a Juan Díaz con el padre Jaime Bravo.